

III

HEROÍSMO DE LA OBEDIENCIA PASIVA

La puerta se abrió.

Abrióse vivamente y de par en par, como si álguien la empujara con energía y resolución.

Entró un hombre.

Este hombre, ya sabemos quién es. El viajero á quien hemos visto hace poco errante por las calles en busca de un asilo.

Entró, dió un paso y se detuvo, dejando tras sí la puerta abierta. Traía su mochila á la espalda, su garrote en la mano, y mostraba una expresion ruda, atrevida, fatigada y violenta en los ojos. Alumbrábale el fuego de la chimenea. Su aspecto era horrible. Una siniestra aparicion.

Madama Magloire no tuvo siquiera fuerzas para lanzar un grito. Se puso á temblar, pasmada de mortal sorpresa.

La señora Baptistina volvió la cara, vió entrar á aquel hombre y medio se enderezó despavorida; é inclinando despues lentamente su cabeza hácia la chimenea, se puso á mirar á su hermano, restableciéndose con esto la calma y la serenidad en su semblante.

El obispo miraba tranquilamente á aquel hombre.

Cuando ya abria la boca, sin duda para preguntar al recién venido lo que queriz, el hombre apoyó sus dos manos á la vez sobre su palo, dirigió sus miradas sucesivamente hácia el anciano y hácia las mujeres, y sin esperar á que el obispo hablara, dijo él en alta voz :

— Hé aquí de lo que se trata. Mi nombre es Juan Valjean. Soy un galeote. Diez y nueve años he pasado en un presidio. Cuatro días hace que me han puesto en libertad y que emprendí el camino de Pontarlier, que es el lugar de mi destino. Cuatro días de marcha incesante desde que salí de Tolon. Hoy he hecho doce leguas á pié. Esta tarde, al llegar á este pueblo, me dirigí á una posada, de donde me despidieron á causa de mi pasaporte amarillo que me fué preciso enseñar en la alcaldía. De allí pasé á otra posada. También me dijeron : Véte de aquí al instante. Me llegué á varias casas. Nadie quiso recibirme. Me dirigí á la cárcel, cuyo portero se negó á abrirme. Busqué asilo en el nicho de un perro, el cual me mordió y me arrojó de su vivienda, como si él hubiera sido un hombre. Diríase que aquel animal sabía quién era yo. Entónces me encaminé fuera de la ciudad, para acostarme á cielo descubierto ; pero el cielo estaba cubierto. Las estrellas se ocultaron á mi presencia. Creí que lloveria, y que no habria un Dios que impidiera la lluvia ; me volví á la ciudad á buscar el umbral de una puerta : y ahí en la plaza, cuando iba á acostarme sobre un banco de piedra, una buena mujer me ha señalado con el dedo esta casa, y me ha dicho . Llame usted allí. Y he llamado. ¿Qué es lo que hay aquí? ¿tienen

ustedes posada? Yo traigo dinero, mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado con mi trabajo en el presidio, durante diez y nueve años. Pagaré. ¿Qué me importa? tengo dinero. Estoy muy cansado, ¡doce leguas á pié! tengo mucha hambre. ¿Quieren ustedes que me quede?

— Madama Magloire, dijo el obispo, ponga usted un cubierto más.

El hombre dió tres pasos y se aproximó á la lámpara que estaba sobre la mesa: — Atiendan ustedes, añadió, como si no hubiera comprendido bien, no se trata de eso. ¿No han comprendido ustedes? Soy un galeote, un presidiario. Vengo de galeras. — Sacó de su bolsillo una grande hoja de papel amarillo que desdobló diciendo: — Hé aquí mi pasaporte. Amarillo, como ustedes ven. Esto sirve para hacerme expulsar de cualquiera parte adonde voy. ¿Quieren ustedes leerle? Tambien yo sé leer. He aprendido en presidio. Hay allí una escuela para los que quieren. Oigan ustedes, verán lo que han puesto en mi pasaporte: « Juan » Valjean, presidiario cumplido, natural de... » esto les es á ustedes igual... — « ha estado diez y nueve años en presidio. Cinco años por robo con violencia y fractura. Ca- » torce años por haber intentado evadirse cuatro veces. » Este hombre es muy peligroso. » Hé ahí. Todo el mundo me ha despedido. ¿Es que ustedes querrán recibirme? ¿Es esto una posada? ¿quieren ustedes darme de comer y donde acostarme? ¿tienen una caballeriza?

— Madama Magloire, dijo el obispo, pondrá usted sábanas limpias á la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado qué género de obediencia era el de las dos mujeres.

Madama Magloire salió para ejecutar las órdenes que acababa de recibir.

El obispo se volvió hácia el hombre y le dijo:

— Siéntese usted, señor, y caliéntese. Vamos á cenar en seguida, y mientras que usted cena, le harán su cama.

Con esto el hombre comprendió ya enteramente. La expresion de su semblante, dura y sombría hasta entónces, apareció llena de estupefaccion, de duda, y de gozo, cambiando de un modo extraordinario. Fuera de sí, como un loco, empezó á decir, en tono balbuciente:

— ¿Será verdad? ¿cómo? ¿usted me admite en su casa? ¡á mí! ¡á un galeote! ¡me llama usted señor! ¡no me tutea! ¡Véte de aquí, perro! como me dicen siempre. Yo estaba persuadido de que usted me despediria. Por eso dije en seguida quién soy. ¡Oh! ¡qué buena mujer la que me enseñó esta casa! ¡Voy á cenar! ¡una cama, con colchones y sábanas! ¡como todo el mundo! ¡una cama! ¡hace ya diez y nueve años que no me acuesto en una cama! ¡Ustedes tienen la bondad de no expulsarme. Son ustedes muy buenas gentes. Ademas, yo tengo dinero. Pagaré bien. Perdóne usted, señor posadero, ¿cómo se llama usted? Yo pagaré cuanto se quiera. Es usted muy buen sugeto. ¿Es usted posadero, no es verdad?

— Soy, dijo el obispo, un sacerdote que habita aquí.

— ¡Un sacerdote! repuso el hombre. ¡Oh! ¡y qué bueno es el sacerdote! ¿entónces no me pedirá usted dinero? ¿señor cura, no es verdad? ¿el cura de esa grande iglesia? ¡Toma! es verdad, ¡qué tonto soy! no habia reparado en el solideo que usted lleva.

Sin dejar de hablar, habia depositado su maleta y su garrote en un rincon, guardado su pasaporte en el bolsillo, y sentádose á la lumbre. La señora Baptistina le consideraba con su natural bondad. El hombre continuó:

— Usted es humano, señor cura, no desprecia á las gentes. Eso es muy bueno en un buen sacerdote. ¿Entónces no necesita usted que yo le pague?

— No, respondió el obispo, guarde usted su dinero.

¿Cuánto tiene usted? ¿no ha dicho usted que ciento nueve francos?

— Y quince sueldos, añadió el hombre.

— Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo ha invertido usted para ganar esa suma?

— Diez y nueve años.

— ¡Diez y nueve años!

El obispo lanzó un profundo suspiro.

El hombre prosiguió: — Todavía conservo todo mi dinero. En estos cuatro días, no he gastado más que veinte y cinco sueldos que gané ayudando á descargar unos carros en Grasse. Ya que es usted de iglesia, le diré que en el presidio teníamos un capellan. Y un día vi allí también á un obispo. Le llamaban monseñor. Era el obispo de la Majore, en Marsella. Es el cura que manda sobre los otros curas. ¡Ya sabrá usted, perdóneme que yo diga tan mal esas cosas, pero para mí es tan lejos todo eso! — ¡Ya usted comprende, nosotros!

— Dijo la misa en medio del presidio, sobre un altar, y llevaba en la cabeza una cosa puntiaguda, de oro. Á la gran luz del mediodía, aquello brillaba mucho. Nosotros estábamos en fila, por tres lados, y los cañones, con la mecha encendida, estaban frente á nosotros. No veíamos muy bien. Él habló, pero como estaba demasiado hácia el fondo, no oíamos nada. Hé ahí lo que es un obispo.

Mientras que él estaba hablando, el obispo se levantó de la silla y fué á empujar la puerta, que habia quedado abierta de par en par.

Madama Magloire volvió á entrar en el comedor, trayendo un cubierto que puso sobre la mesa.

— Madama Magloire, dijo el obispo, ponga usted ese cubierto lo más cerca de la lumbre que sea posible. — Y

dirigiéndose á su huésped: — El viento de la noche es crudo en los Alpes. ¿Usted debe tener frío, señor?

Cada vez que el obispo pronunciaba esta palabra *señor* con aquella voz tan dulcemente grave y con aquel acento tan amable, el rostro del hombre se iluminaba. *Señor* á un presidiario, es como un vaso de agua á uno de los naufragos de la *Medusa*. La ignominia tiene hambre y sed de consideración.

— Hé aquí, dijo el obispo, una lámpara que nos ilumina bastante mal.

Madama Magloire comprendió, y fué á buscar sobre la chimenea de la alcoba de monseñor los dos candeleros de plata, que colocó inmediatamente encendidos sobre la mesa.

— Señor cura, dijo el huésped, usted es bueno, usted no me desprecia. Usted me recibe en su casa, y enciende sus cirios para mí. Y sin embargo, yo no le he ocultado á usted de dónde vengo, y que soy un hombre bien desgraciado.

El obispo, sentado junto á él, le tomó cariñosamente la mano: — Podía usted no haberme dicho quién era. Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esta puerta no pregunta al que entra si tiene un nombre, sino que le pregunta solamente si tiene un dolor. Usted sufre; tiene hambre y sed; ¡bien venido sea! Y no me dé las gracias, no me diga que le recibo en mi casa. Nadie está aquí en su casa, excepto el que necesita un asilo. Lo digo á usted, pasajero, que está aquí en su casa más que lo estoy yo mismo. Todo cuanto aquí hay es de usted. ¿Qué necesidad tengo yo de saber su nombre? Por otra parte, ántes que usted me lo dijera, tenía ya para mí un nombre que yo sabía.

El hombre abrió los ojos admirado, y replicó:

— ¿De véras? ¿sabía usted ya cómo yo me llamo?

— Sí, respondió el obispo, se llama usted mi hermano.

— ¡Es cosa singular! señor cura, exclamó el hombre, yo tenía hambre al entrar aquí; pero usted es tan bueno, que ahora ya no sé lo que tengo; aquello me ha pa' ado.

El obispo le miró y le dijo :

— ¿Ha sufrido usted mucho?

— ¡Oh! la casaca roja, la bala de cañon al pié, una tabla para dormir, el calor, el frio, el trabajo, la chusma, los palos, la doble cadena por nada, el calabozo por una palabra, grillos, áun estando en cáma enfermo. ¡ Los perros, los perros son más dichosos! diez y nueve años! tengo cuarenta y seis. Ahora, el pasaporte amarillo. Ahí tiene usted.

— Sí, respondió el obispo, usted sale de un lugar de tristeza. Escuche usted. Más alegría habrá en el cielo para el rostro lloroso de un pecador arrepentido, que para la blanca túnica de cien justos. Si sale usted de aquella mansion dolorosa con pensamientos de odio y de ira contra sus semejantes, es usted un hombre digno de compasion; pero si sale con pensamientos de benevolencia, de dulzura y de paz, vale usted más que ninguno de nosotros.

— Entretanto, madama Magloire había servido la cena, una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal, un poco de tocino, un pedazo de carnero, unos higos, un queso fresco y un enorme pan de centeno. Ella, por su propia autoridad, había creído oportuno añadir al ordinario del señor obispo una botella de vino de Mauves añejo.

El semblante del obispo adquirió de repente esa expresion de gozo propia de las naturalezas hospitalarias : — Á la mesa, dijo con viveza, como acostumbraba á hacerlo, siempre que cenaba con él alguna persona extraña ; é hizo sentar al huésped á su derecha. La señora Baptistina, enteramente tranquila y natural, tomó asiento á su izquierda.

El obispo dijo el *benedicite*, y en seguida se puso á ser-

vir él mismo la sopa, segun su costumbre. El hombre empezó á comer con la mayor avidez.

De repente dijo el obispo : — Me parece que falta algo en esta mesa.

En efecto, madama Magloire no había puesto sino los tres cubiertos absolutamente necesarios. Ahora bien, la costumbre de la casa era, que cuando el señor obispo tenía á álguien á cenar, se colocaban sobre la mesa los seis cubiertos de plata, como una inocente ostentacion. Esta graciosa apariencia de lujo era una especie de niñería, llena de encanto en aquella casa afable y severa que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

Madama Magloire comprendió la observacion; salió sin decir una palabra, y un momento despues brillaban sobre el mantel los tres cubiertos reclamados por el obispo, simétricamente colocados frente á cada una de las tres personas que iban á cenar juntas en aquella mesa.

IV

DETALLES SOBRE LAS QUESERAS DE PONTARLIER

Para dar ahora una idea de lo que paso en aquella mesa, nada creemos más oportuno que el transcribir aquí un pasaje de la carta que la señora Baptistina escribió á la señora de Boischevron, dando cuenta de la conversacion del galeote y el obispo con candorosa minuciosidad.

« ... Este hombre no prestaba la menor atencion á nadie. Comia con una voracidad de hambriento. Sin embargo, concluida la cena dijo :

» — Señor cura de Dios, todo esto es todavía demasiado bueno para mí, pero debo decirle que los carreteros que no quisieron dejarme comer con ellos tienen mejor plato que usted.

» Acá entre nosotras, la observacion no dejó de chocarme. Mi hermano le respondió :

» — Tambien tienen mayor fatiga que yo.

» — No, repuso el hombre, lo que tienen es más dinero.

» Usted es pobre, ya lo comprendo. Quizas no es usted cura

» siquiera. ¡ De véras, es usted cura ? ¡ Ah ! en cuanto á

» eso, si Dios fuera justo, usted deberia ser cura.

» — Dios es más que justo, dijo mi hermano.

» Y momentos despues añadió :

» — Señor Juan Valjean, ¿ es á Pontarlier adonde usted se encamina ?

» — Con itinerario obligado.

» Creo que fué así como dijo el hombre. Despues prosiguió :

» — Preciso es que me ponga en camino mañana, al ser de día. Es cosa dura el viajar. Si las noches son frias, los dias son calurosos.

» — Va usted, repuso mi hermano, á un buen país. En tiempo de la Revolucion, mi familia quedó arruinada ; yo me refugié primero en el Franco-Condado, donde viví algun tiempo del trabajo de mis brazos. Tenia yo buena voluntad, y hallé en qué ocuparme. No hay más que escoger. Allí hay fábricas de papel, de curtidos, de destilacion de aceites y licores, de relojería por mayor, fábricas de acero y de cobre, y á lo ménos veinte grandes herrerías, cuatro de las cuales están en Lods, en Chatillon, en Audincourt y en Beure, y por cierto que son muy considerables...

» No creo equivocarme, estos fueron realmente los nombres que citó mi hermano ; y en seguida se interrumpió y me dirigió la palabra :

» — Querida hermana, me dijo, ¿ es que no tenemos nosotros parientes en aquel país ?

» Yo le respondí :

» — Teníamos, entre otros, el señor de Lucenet, que era

» capitán de las puertas en Pontarlier, en la época del antiguo régimen.

» — Si, continuó diciendo mi hermano; pero en 93 ya no había parientes: cada cual contaba sólo con sus brazos. Yo he trabajado. En ese país de Pontarlier adonde usted va, señor Valjean, tienen una industria enteramente patriarcal. Hermana, aquella es una industria preciosa; son las queseras, que ellos llaman fruteras.

» Entónces mi hermano, al mismo tiempo que hacia comer á aquel hombre, le explicaba muy detalladamente lo que son las fruteras de Pontarlier, — entre las cuales distinguía dos especies diferentes: — las *grandes granjas*, que pertenecen á los ricos, y donde hay cuarenta ó cincuenta vacas, las cuales producen de siete á ocho millares de quesos cada verano; y las *fruteras de asociacion*, que pertenecen á los pobres, es decir, á los labriegos de la falda de la montaña que ponen sus vacas en común, y se reparten los productos. — Toman por su cuenta un quesero, á quien dan el nombre de *grurin*; — el grurin recibe la leche de los asociados tres veces por día, y marca las cantidades en una tarjeta doble; — la tarea de las queseras principia á fines de Abril; — hácia fines de Junio es cuando los queseros conducen sus vacas á la montaña.

» El hombre, sin dejar de comer, se reanimaba. Mi hermano le hacía beber deste buen vino de Mauves del cual no bebe él nunca, porque dice que es un vino muy caro; y mientras tanto, le explicaba todos estos pormenores con esa alegría fácil y natural que usted conoce, mezclando siempre sus palabras con modales delicados y graciosos para mí. Repetidas veces insistió y volvió á insistir en la descripción de aquel buen oficio de grurin, como si deseara que el hombre comprendiese, sin aconsejárselo directamente y de un modo duro, que podría ser una buena

» ocupación, un verdadero asilo para él. Una cosa me chocó mucho. El hombre era lo que he dicho á usted. ¡ Pues bien! mi hermano, durante toda la cena, ni en toda la velada, á excepcion de algunas palabras sobre Jesucristo que dijo al verle entrar, no pronunció ni una sola que pudiera recordar á aquel hombre quién era, ni darle á entender que él era mi hermano. Y sin embargo, la ocasión evidentemente era buena para sermonear un poco, y hacer descargar el obispo sobre el galeote, á fin de que dejara la huella de su tránsito. Tal vez á otro le habria parecido el caso oportuno, hallándose mano á mano con aquel desgraciado, de alimentarle el alma al mismo tiempo que el cuerpo, y dirigirle algunas reconvenções sazonadas de moral y de consejos, ó bien, un poco de conmiseracion, con exhortacion de conducirse mejor en adelante. Ni siquiera le preguntó mi hermano de qué país era, ni su historia. Pues en su historia está su falta, y mi hermano parecia querer evitar todo cuanto pudiera recordársela; á tal punto, que en cierto momento en que mi hermano hablaba de los montañeses de Pontarlier, que tienen un *trabajo dulce cerca del cielo y que, añadia él, son dichosos, porque son inocentes*, se contuvo en seguida, y no siguió más adelante, temiendo que en aquella palabra que se le escapaba pudiera contenerse algo que vejara ó hiriera á nuestro hombre. Á fuerza de reflexionar, creo yo haber comprendido lo que pasaba en el corazón de mi hermano. Pensaba él sin duda que aquel hombre que se llamaba Juan Valjean se representaba demasiado á su espíritu su propia situacion, su miseria, y que lo mejor que habia que hacer era distraerle de ella, y hacerle creer, aunque no fuera sino por un momento, que él no era sino una persona como las demas, para la cual todo debiera suceder como de ordinario. ¿ No es esta, en efecto, una manera excelente de entender la caridad? ¿ No hay, mi buena se-

» ñora, algo verdaderamente evangélico en esta delicadeza
 » que se abstiene de sermón, de moral, y de alusiones; no
 » es acaso la mejor piedad, cuando un hombre tiene un
 » lado doloroso, el no tocarle allí de ningún modo? Me ha
 » parecido que tal podía ser el pensamiento interior de mi
 » hermano. En todo caso, lo que puedo decir es que, si ha
 » tenido todas estas ideas, no lo ha dado á entender en lo
 » más mínimo, ni áun á mí: desde el principio hasta el fin
 » se mostró el mismo hombre de todas las noches, y cenó
 » con este Juan Valjean con el mismo humor y de la
 » misma manera que habria cenado con el señor Gédeon
 » el Preboste, ó con el señor cura de la parroquia

» Al concluir, cuando ya estábamos comiendo los higos,
 » llamaron á la puerta. Era la tía Gerbaud, con su niño
 » en brazos. Mi hermano besó al niño en la frente, y me
 » pidió prestarle quince sueldos que tenia yo en la faltri-
 » quera para dárselos á la tía Gerbaud. Mientras esto su-
 » cedia, el hombre no prestaba grande atención. Ya no
 » hablaba, y parecia muy cansado. Luégo que se marchó
 » la pobre vieja Gerbaud, mi hermano dió gracias, y des-
 » pues, dirigiéndose á aquel hombre: Usted debe de tener
 » grande necesidad de su cama, — le dijo. Madama Ma-
 » gloire quitó la mesa á toda prisa. Yo comprendí que
 » era menester que nos retirásemos para dejar dormir al
 » viajero, y ambas nos subimos en seguida á nuestros apo-
 » sentos. Sin embargo, envié á madama Magloire un mo-
 » mento despues á que llevase, para la cama de aquel
 » hombre, una piel de corzo de la Selva-Negra que está en
 » mi cuarto. Las noches son muy frias y esto le abriga bien.
 » Es lástima que esta piel sea vieja; todo el pelo se le
 » va. Mi hermano la compró cuando estuvo en Alemania,
 » en Tottlingen, junto á los manantiales del Danubio,
 » como tambien el cuchillito con mango de márfil de que
 » me sirvo yo en la mesa.

» Madama Magloire volvió á subir inmediatamente,
 » nos pusimos á rezar y á hacer oracion en la salita
 » donde se tiende la ropa blanca, y despues entrámos
 » cada cual en nuestra habitacion, sin decirnos nada. »

V

TRANQUILIDAD

Después de haber dado las buenas noches á su hermana monseñor Bienvenido tomó de sobre la mesa uno de los dos candeleros de plata, entregó el otro á su huésped, y le dijo:

— Señor, voy á conducirle á usted á su cuarto. El hombre le siguió.

Según ha podido notarse por lo que hemos dicho anteriormente, la casita se hallaba distribuida de tal modo que, para pasar al oratorio donde estaba la alcoba ó para salir de él, era preciso atravesar el dormitorio del obispo.

En el momento en que él atravesaba esta última pieza, madama Magloire encerraba la plata en la alacena que estaba á la cabecera de la cama. Era su última operación de cada noche ántes de irse á acostar.

El obispo instaló al huésped en la alcoba, donde halló

dispuesta una cama blanca y limpia. El hombre colocó su candelero sobre una mesita.

— Vamos, dijo el obispo, duerma usted bien. Mañana por la mañana, ántes de marchar, beberá usted una taza de leche de nuestras vacas, recién ordeñada.

— Gracias, señor, dijo el hombre.

Apénas hubo pronunciado estas palabras tan pacíficas, cuando, de repente, y sin transición alguna, tuvo un movimiento extraño, que habria helado de espanto á las dos sartas mujeres, si le hubieran presenciado. Aún hoy nos es difícil el darnos cuenta de lo que le excitaba en aquel momento. ¿Quería acaso dar un aviso ó bien lanzar una amenaza? ¿Obedecía él sencillamente á una especie de impulso instintivo y oscuro aún para sí mismo? Se volvió brusca-mente hácia el anciano, cruzó los brazos, y fijando en su bienhechor una mirada salvaje, exclamó con voz ronca:

— ¡ Ah! ¡pero decididamente usted me aloja en su casa, junto á usted, de esta manera!

É interrumpiéndose, añadió en seguida con una risa que tenía algo de monstruoso y siniestro:

— ¿Ha hecho usted bien todas sus reflexiones? ¿Quién le ha dicho á usted que yo no he asesinado nunca?

El obispo respondió:

— Eso es cosa que sólo corresponde á Dios.

Y después, con la mayor gravedad, moviendo los labios como el que reza ó habla consigo mismo, levantó los dos dedos de su mano derecha y bendijo al hombre, que no se inclinó; y sin volver la cabeza, sin mirar atrás volvió á entrar en su cuarto de dormir.

Cuando la alcoba estaba habitada, una gran cortina de sarga corrida en todo el ancho del oratorio ocultaba el altar. El obispo se arrodilló al pasar por delante de aquella cortina é hizo una corta oración.

Pocos momentos después, se hallaba ya en su jardín, pa-

seando, soñando, contemplando, extasiada el alma y abismado el pensamiento entero en esas grandes cosas misteriosas que Dios enseña por la noche á los ojos que quedan abiertos.

Por lo que hace al hombre, estaba realmente tan cansado, que ni siquiera se aprovechó de sus hermosas sábanas limpias. Había apagado la bujía con el fuelle de su nariz, según costumbre de presidiarios, y se había dejado caer, vestido, sobre la cama, durmiéndose en seguida profundamente.

Las doce de la noche daban cuando el obispo se recogió, abandonando su jardín, para acostarse.

Algunos minutos después, todo el mundo dormía en aquella casa.

VI

JUAN VALJEAN.

Á media noche, despertó Juan Valjean.

Era este Juan Valjean oriundo de una pobre familia de campesinos de la Brie. En su infancia, no había aprendido á leer. Cuando llegó á la edad de hombre, se hizo podador en Faverolles. Su madre se llamaba Juana Mathieu; su padre Juan Valjean ó Valjean, que probablemente era un apodo, y contracción de *voilà Jean*.

Juan Valjean era de un carácter caviloso, sin ser triste, cualidad propia de las naturalezas afectuosas. Pero en resumidas cuentas, era un tipo como adormecido, torpe é insignificante, á lo menos en apariencia, este Juan Valjean. Siendo aún muy niño había perdido sus padres. Su madre murió de una fiebre de leche mal cuidada. Su padre, podador como él, se había matado al caer de un árbol. No le había quedado á Juan Valjean sino una hermana, de más edad que él, viuda con siete hijos, hembras y varones. Esta her-

mana había criado á Juan Valjean, y miéntras ella tuvo su marido, dió habitacion y alimento en su casa á su hermano menor. Murió el marido. El mayor de los siete hijos tenía ocho años, y el menor un año. Juan Valjean acababa de cumplir entónces los veinte y cinco años. Él reemplazó al difunto padre, y á su vez le tocó sostener á su hermana, que le había criado. Hizose esto sencillamente, como un deber, y áun con algunos regañones de parte de Juan Valjean. Así se consumía su juventud en un trabajo rudo y mal retribuido. Nunca se le conoció novia ninguna en el país. No había tenido tiempo para hacer el enamorado.

Por la noche entraba cansado y comia su sopa, sin hablar palabra. Su hermana, la tía Juana, miéntras que él comia, le tomaba frecuentemente de su cazuela la mejor tajada de la comida, un pedazo de carne, un trozo de tocino, el cogollo de una col, para dárselo á alguno de sus hijos; y él, sin dejar de comer, inclinado hácia la mesa, con la cabeza casi tocando á la sopa, sus largos cabellos colgando al rededor de su escudilla y tapándole los ojos, tenía trazas de no vernada, y dejaba á la hermana hacer lo que quisiera de su plato. Había en Faverolles, no léjos de la cabaña Valjean, al otro lado de la callejuela, una labradora llamada María-Claudia; los niños Valjean, habitualmente hambrientos, iban á veces á tomar prestado, en nombre de su madre, un cuartillo de leche á María-Claudia, que ellos bebían detras de un seto ó en algun rincón de la avenida, arrancándose el jarro de las manos, y con tanta prisa, que los niños derramaban una porción en su delantal y en su cuello; si la madre hubiera sabido este merodeo, habría corregido con severidad á los delincuentes. Juan Valjean, brusco y regañón, pagaba, á escondidas de la madre, el cuartillo de leche á María-Claudia: y los chicos no eran castigados.

En la estación de la poda, ganaba diez y ocho sueldos por día; despues se contratava como segador, como peon de al-

bañil, vaquero, porquero, ó mozo de cordel. Hacía cuanto podia. Su hermana también trabajaba por su parte; pero ¿qué hacer con siete criaturas pequeñas? Era aquel un triste grupo que la miseria cubria y oprimia poco á poco. Llegó un invierno rudo. La familia se vió sin pan. ¡ Sin pan, literalmente sin un bocado de pan, siete niños!

En la noche de un domingo, Maubert Isabeau, panadero en la plaza de la iglesia, en Faverolles, iba ya á acostarse cuando oyó un golpe violento en la delantera de su tienda, enrejada y con vidrieras. Llegó á tiempo para ver que un brazo pasaba al través del agujero practicado de un puñetazo en la verjilla y en los vidrios. El brazo se apoderó de un pan y se lo llevó. Isabeau salió inmediatamente; el ladron huía á toda prisa; Isabeau corrió tras él, le alcanzó y le detuvo. El ladron había arrojado el pan al suelo, pero su brazo estaba ensangrentado. Era Juan Valjean.

Sucedía esto en 1795. Juan Valjean fué juzgado por los tribunales de aquella época, como acusado de « robo por la noche, con fractura, en casa habitada. » Tenía él una escopeta de la cual se servía mejor que ningun otro tirador del mundo, y pasaba también por algo dado, en ocasiones, á la caza vedada; todo esto le perjudicaba bastante. Hay contra el cazador furtivo cierta preocupacion legitima. El cazador de esta especie, lo mismo que el contrabandista, se codea muy de cerca con el bandido. Sin embargo, digámoslo de paso, todavía hay un abismo entre estas razas de hombres y el horrible asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en las selvas y bosques; el contrabandista habita en la montaña, ó en el mar. Las ciudades crean hombres feroces, porque crean hombres corrompidos. La montaña, la selva, el mar, crean hombres salvajes; desarrollan el lado insociable, huraño, pero sin que, de ordinario, destruyan el lado humano.

Juan Valjean fué declarado culpable. Los términos del

código eran formales y expresos. Hay en nuestra civilización horas terribles; tales son los momentos en que la penalidad pronuncia un naufragio. ¡Qué funebre instante es aquel en que la sociedad se aleja y consume el irreparable abandono de un sér inteligente! Juan Valjean fué condenado á cinco años de galeras.

El 22 de Abril de 1796, gritaban en París la victoria de Montenotte, ganada por el general en jefe del ejército de Italia, á quien el mensaje del Directorio á los Quinientos, del 2 floreal, año IV, llama Buona-Parte; en aquel mismo día, ponían en Bicêtre las esposas y amarraban una gran cadena de presidiarios. Juan Valjean formaba parte de esta cadena. Un antiguo carcelero, que hoy cuenta cerca de noventa años, se acuerda aún perfectamente de aquel infeliz que fué amarrado á la extremidad del cuarto cordón, en el ángulo norte del patio. Estaba sentado en el suelo como los demás; y parecia no comprender nada de su situación, sino que era horrible. Es probable que también vislumbrase en ella, al través de las vagas ideas de un pobre hombre completamente ignorante, algo de excesivo. Mientras que remachaban, á fuerza de grandes martillazos, detrás de su cabeza, el perno de su argolla, no cesaba de llorar; las lágrimas le ahogaban, impidiéndole hablar, y sólo conseguía decir de vez en cuando: *Yo era podador en Favrolles*. Y después, sollozando siempre, levantaba su mano derecha y la bajaba gradualmente siete veces, como si sucesivamente tocara siete cabezas desiguales; y por este gesto se comprendía que lo que había hecho lo hizo para vestir y alimentar á siete criaturas.

Salió al fin para Tolon, adonde llegó después de un viaje de veinte y siete días, sobre una carreta, y con la cadena al cuello. En Tolon le pusieron al instante la casaca roja. Todo lo que había sido su vida pasada quedó barrado desde aquel momento, hasta su nombre; ya no se llamó Juan Valjean,

sino el número 24,601. ¿Qué fué de su hermana? ¿cuál la suerte de los siete niños? ¿quién se ocupa de nada de esto? ¿qué viene á ser del puñado de hojas del árbol tierno cortado por el pié?

Siempre es la misma historia. Aquellos pobres séres vi-
vientes, aquellas criaturas de Dios, sin contar ya con apoyo alguno en la tierra, sin guía, sin asilo, se fueron y se dispersaron á la aventura, y aun ¿quién sabe? tal vez cada cual por su lado fué sumergiéndose poco á poco en esa fría y densa niebla donde se hunden y consumen los destinos solitarios, tristes tinieblas donde desaparecen sucesivamente tantas cabezas infortunadas en la marcha sombría del género humano. Abandonaron el país. El campanario del que había sido su lugar los olvidó; las sendas de los que fueran sus campos también los olvidaron; y hasta el mismo Juan Valjean, después de transcurridos algunos años de permanencia en el presidio, los olvidó casi enteramente. En aquel corazón donde había habido una herida, se formó una cicatriz. Y nada más. Durante todo el tiempo que estuvo en Tolon, apenas oyó hablar una sola vez de su hermana. Creo que fué á fines del cuarto año de su cautiverio. No recuerdo ya por qué conducto le llegaron estas noticias. Alguien que los conoció en el país había visto á su hermana, la cual habitaba en París, en una pobre calle cerca de San Sulpicio, la calle del Geindre. Ya no tenía consigo sino un solo niño, el más pequeño de todos. ¿Dónde se hallaban los otros? Tal vez lo ignoraba ella misma. Todas las mañanas iba á una imprenta, de la calle del Sabot, número 3, donde ejercía el oficio de plegadora. Era preciso hallarse allí á las seis de la mañana, mucho antes de amanecer, en el invierno. En la misma casa de la imprenta había una escuela, á la cual enviaba ella su niño, que á la sazón tenía siete años. Sólo que como ella entraba en la imprenta á las seis y la mañana, y la escuela no se abría hasta las siete, era

menester que el niño esperase en el patio una hora, hasta que abrieran la escuela; ¡ en invierno, una hora de noche y á cielo raso, una débil criatura! No querian que el niño entrara en la imprenta, porque decian que estorbaba. Los operarios veian por la mañana, al pasar por el patio, aquel pobre y diminuto sér medio animado, sentado en las losas, cayéndose de sueño, y á veces dormido en la sombra, encogido y acurrucado sobre su cesto. Cuando llovía, una anciana, la portera de la casa, se compadecia de él, le recogia en su chiribitil, donde no habia más que una mala cama de tablado, un torno de hilar y dos sillas de palo; y el niño dormia allí en un rincon, estrechándose contra el gato para tener ménos frio. Á las siete abrian la escuela, y él entraba. Hé aquí todo lo que pudieron referir á Juan Valjean. Le hablaron de esto una sola vez, un dia, en un momento; fué como un relámpago, como una ventana bruscamente abierta sobre el destino de aquellos séres que él habia amado; y en seguida, todo volvió á cerrarse para él. Jamas oyó ya en su vida ni supo nada, absolutamente nada, de aquella familia, que ni volvió él á ver ni á encontrar nunca en el resto de sus dias. Así que en el decurso de esta historia no la encontraremos.

Á fines del cuarto año, llegó el turno de la primera evasión de Juan Valjean. Como sucede siempre en esa triste mansion, sus camaradas le ayudaron á escaparse, y se escapó. Dos dias anduvo errante y en libertad por los campos; si es que ha de llamarse libre al que se halla circunvalado por todas partes; que á cada instante tiene que volver cara atras; que al menor ruido tiembla y se estremece; que de todo tiene miedo, del techo que despide humo, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que da el reloj, del dia porque se ve, de la noche porque no se ve, del camino, de la senda, de las matas, del sueño. En la noche del segundo dia le cogieron. Treinta y

seis horas hacia que no habia comido ni dormido. El tribunal marítimo le condenó por este delito á una prolongacion de tres años, lo que le hacia ya ocho años de presidio. Al sexto año, ocurrió el segundo turno de su evasión; hizo uso de él, pero fracasó en su empresa, no pudiendo realizar la fuga. Habia faltado á la lista. Dispararon el cañonazo, y aquella noche le hallaron las gentes de la ronda escondido bajo la quilla de un navío en construccion; hizo resistencia á los cómitres que le capturaron. Por consiguiente, evasión y rebelion. Este doble delito, previsto por el código especial, fué castigado con una agravacion de cinco años, dos de los cuales con doble cadena. Son trece años. Al año décimo, volvió á tocarle el turno de evadirse, y tambien quiso aprovecharle; pero no fué más feliz que en los anteriores. Tres años más le costó esta nueva tentativa. Diez y seis años. Por último, creo que fué en el decimotercio año cuando ensayó, por postrera vez, el escapar, no consiguiendo sino hacerse encerrar de nuevo al cabo de cuatro horas de ausencia. Tres años de aumento por estas cuatro horas, lo que le hacia ya un total de diez y nueve años de presidio. En Octubre de 1815 le pusieron en libertad; habia entrado en él en 1796, por haber roto una vidriera y cogido un pan.

Permitasenos aquí un corto paréntesis. Esta es la segunda vez que, en sus estudios sobre la cuestion penal y sobre los castigos impuestos por la ley, encuentra el autor de este libro el robo de un pan como punto de partida para labrar el desastre del destino en una numerosa familia. Claudio Gueux habia robado un pan; Juan Valjean robó otro pan; una estadística inglesa demuestra que en Lóndres, de cada cinco robos, cuatro son causados por el hambre.

Juan Valjean habia entrado en el presidio sollozando y temblando; y salió de él impassible. Entró desesperado; y salió sombrío.

¿ Qué es lo que habia pasado en aquella alma ?